

Luis Ramiro Beltrán

Una silla académica ahora vacía en su recinto

Palabras de homenaje póstumo a Alberto Guerra Gutiérrez pronunciadas por Luis Ramiro Beltrán S. en la Academia de la Lengua de Bolivia en La Paz en septiembre / 29 / de 2006

Nuestra hermandad de amantes de la lengua y de las letras está transida de luto. Hondo pesar la embarga ante una silla académica ahora vacía en su recinto. En víspera de la primavera, madrina del amor y nodriza de la poesía, nos dejó nuestro entrañable camarada de sueños y de alientos Alberto Guerra Gutiérrez. A bordo de su poncho de yalliri se remontó de pronto desde la Pachamama sobre sus amadas montañas para surcar los misteriosos senderos del nirvana andino, que él supiera descifrar, con rumbo a las estrellas que lo alfileron acullar sus voraces de raigal bolivianidad. Y nuestra patria perdió entonces a una de las más destacadas y refulgentes figuras de su intelectualidad.

Nacido en Oruro en 1930, Alberto conoció a una primera vez en un "kindergarten" de la población minera del Siglo XX en la que su padre trabajaba como técnico de la empresa Patiño. Hizo la primaria en otra localidad minera y la secundaria en el Colegio Saracho de Oruro, comenzando en la sección diurna. Pero, ante una crítica situación económica que confrontara su padre, pasó a la succión nocturna y buscó con apremio, al igual que sus hermanos mayores, un empleo para subsistir. No pudo encontrarlo más que en una mina cercana a la ciudad como integrante de una cuadrilla de 13 obreros encabezados por Manuel Fernández, un experimentado y desventurado trabajador al que muchos años después dedicaría uno de sus mejores poemas. Así conoció ya entonces a fondo la cruenta vida de los socavones estañíferos en cuyas húmedas penumbras la silicosis cobraba numerosas víctimas y los paupérrimos obreros veneraban al demonio al que llamaban el "lo".

Egresado de la secundaria, empleó su temprana juventud en formarse como maestro normalista. Comenzó a ejercer la profesión docente en 1953 ensañando el ciclo básico en localidades mineras, en aldeas rurales y en la ciudad capital hasta 1963; allí se grabaron indolentemente en su corazón las sonrisas pálidas de los niños sin pan ni esperanza. Y ese peregrinaje de juvenil amauta lo mantuvo en estrecho y constante contacto con la dura existencia de los obreros de las minas y de los campesinos sumidos en la miseria. Allí se encontró, pues, cara a cara con la injusticia que padecía la mayoría de los bolivianos y esto marcaría para siempre su sensibilidad. Probablemente la conciencia de aquello lo llevó a integrar el directorio de un sindicato en Machacamarca y al desempeño de esa responsabilidad conllevó su primer compromiso formal con la cultura, pues se lo encomendó la secretaría de ese ramo en dicha organización laboral. Y, embargado por ambas inquietudes, fue allí en 1964 y en 1965 director de una radioemisora.

Poco después, de mediados a fines de los años 60, comenzaría a combinar en Oruro la actividad de docencia con la de investigación al ser primero personalero directivo del Instituto de Investigación Social, luego del Instituto de Investigación Cultural y, por último, del Instituto de Investigación para Educación Popular. Así el pedagogo conmovido por la inequidad e interesado en la cultura —sobre todo la de la población autóctona— resultó además enamorado de las ciencias sociales, especialmente la antropología cultural. Y de 1965 a 1969 fue presidente del Comité Departamental de Oruro de Etnografía y Folclore. En reciente publicación portuñésica, el poeta Edwin Guzmán, también orureño hizo este pertinente apunte: "En Oruro el universo de la mina se anuda con el de las culturas originarias. Alberto Guerra no sólo se impuso develar ese cruce expresado en el folclore, se impuso además reivindicarlo. En efecto, Alberto Guerra desplegó un trabajo monumental para develar el valor de esas manifestaciones..."

Pero en las raíces de aquella conjugación y de tal empeño latía vigorosamente desde siempre la pasión abrasadora que iría a caracterizar primordialmente a Alberto a lo largo de toda su existencia: el culto de la poesía. En efecto, la primera señal ostensible de ello la había dado ya en 1955 al publicar el poemario *Gotas de Luna* y en los años del 60, además de estar entre los organizadores del Segundo Congreso Nacional de Poetas realizado en Oruro, publicó su segundo poemario y sus primeras dos antologías de poesía.

En cambio, en los años del 70, sin descuidar su labor poética y mientras se desempeñaba como catedrático en la Escuela Normal de Oruro "Angel Mendoza Justiniano" y como profesor invitado de la Carrera de Antropología de la Universidad Técnica de Oruro, Guerra produjo varios estudios de jaez etnográfico-antropológico. Sobresalieron entre ellos una



fundamental antología en tres tomos del carnaval de Oruro, un conjunto de estampas rescatadoras de las tradiciones más antiguas y destacadas de esa ciudad y un ensayo sobre el "lo" de la mina.

La edición de revistas especializadas tuvo cierta prolección en la década de 1980 entre las actividades del creativo Alberto. Retolando la multiplicidad de sus intereses y la versatilidad de sus capacidades, la primera fue sobre pedagogía; la segunda, sobre folclore; la tercera, sobre poesía; y la cuarta sobre cultura boliviana en general. Pero eso no lo impidió publicar, con comparable variedad, otro conjunto de obras de poesía y de etnografía, destacándose entre estas últimas una sobre folclore consignada en una antología nacional y otra sobre la ancestral cultura nativa de los chipayas de Oruro.

El rasgo sobresaliente de la carrera de Guerra en el decenio de 1980 fue el ejercicio del liderazgo del más alto nivel como funcionario estatal y como dirigente intelectual. En cuanto a lo primero, fue por tres años Director de la Casa de la Cultura de la Universidad Técnica de Oruro y posteriormente Oficial Mayor de Cultura de la Alcaldía Municipal de Oruro. Respeto de lo segundo, fue fundador de la Unión Nacional de Poetas de Oruro y tres veces su presidente, habiendo impulsado resuelta y sistemáticamente la edición de anuarios de ella para recoger y divulgar ejemplos de la productividad poética orureña. Y, por otra parte fue, a partir de 1987 y hasta el presente año, miembro eminente del Consejo Editor del suplemento literario *El Duende*, (albergado en el diario *La Patria*), quincenario cultural establecido y dirigido por Luis Urquieta Mollada. Recordó el públicamente hace poco que fue Guerra quien cumplió "... la enorme labor de reunir y dedicar durante 8 años (1995-2003) en la sección *Óletras Orureñas* a 233 autores nacidos o no en la tierra, destacando referentes bibliográficos y una muestra de creación..."

En el primer quinquenio de la década actual Guerra publicó dos poemarios suyos. *Siete Poemas de Sangre* o la *Historia de mi Corazón* es una compilación de medio centenar de sus principales poemas bajo el título de *Obra Poética*. Por otra parte, publicó un ensayo sobre el soneto y una compilación conmemorativa de prosa poética de quien fuera un insigne

vato orureño, Luis Mondizábal Santa Cruz, que tuvo la columna periodística "Con Lápis de Humo". Igualmente Alberto editó diversos estudios sobre las producciones de otros poetas bolivianos, principalmente los orureños, entre ellos: *Antología de la Poesía Viva en Bolivia, 10 Poetas Bolivianos del Siglo XX*, *Bolivia Canta a Oruro por la Voz de sus Poetas*, *Oruro en el Sentimiento de sus Poetas* y, con el poeta orureño Edwin Guzmán, *La Poesía en Oruro: Antología*. Además, haciendo otro preciado rescate, publicó el poemario inédito *Socavón Ilimitado* de la que fuera ilustre poetisa orureña Milena Estrada Sáinz. En aquel mismo período fue presidente de la Sociedad de Escritores de Bolivia y luego del capítulo de Oruro de la filial boliviana de la Asociación Mundial de Escritores ("Pen Club"). Y se desempeñó también como Oficial Mayor de Cultura y Turismo de la Prolección Departamental de Oruro.

Las obras de nuestro prolífico hermano Alberto, correspondientes a educación, cultura, poesía y etnografía y folclore, suman algo más de cuarenta, según lo acaba de señalar Luis Urquieta Mollada en una nota de prensa. Considero un deber de nuestra institución publicar cuanto antes, junto con una reseña biográfica, un recuento bibliográfico que resume cada una de esas valiosas obras, en colaboración con el capítulo orureño de la Unión Nacional de Poetas.

Por su talentosa, fecunda e incansable trayectoria en pro de la cultura boliviana, Alberto Guerra Gutiérrez se hizo acreedor, entre fines de la década del 60 y principios de la del 2000, a numerosos reconocimientos tanto en su tierra natal como a los niveles nacional e internacional. Su primer galardón fue el de poeta laureado en los *Juegos Florales Leonisúcos* de 1967 en Oruro. Allí mismo le otorgaron luego altas distinciones las principales agrupaciones cívicas como la Sociedad 10 de Febrero y el Club Minerva, a la par con la Universidad Técnica de Oruro. A su vez, le brindaron condecoraciones la Prefectura del Departamento y la Alcaldía Municipal. Y lo distinguieron también en La Paz el Centro de Acción Orureña y el Comité Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Más tarde le fue conferido por el gobierno boliviano el Premio Nacional de Cultura "Gunnar Mendoza". Y el gobierno francés, mediante su embajada en Bolivia, le otorgó el Premio Internacional "Paul Rivet".

Maestro e investigador, poeta y promotor cultural, organizador de encuentros y concursos literarios, compilador crítico y editor, Alberto Guerra era a la vez un luchador comprometido con la construcción de una sociedad verdaderamente "del pueblo, para el pueblo y por el pueblo". No lo era cual agitador callejero o como activista del caos ni como militante de secta creyente en la violencia. Su arma no era la luz ni el dinamita; era la palabra alada del verso y fue su munición el argumento racional y sereno hecho canto de protesta y planteamiento de cambio. Sin embargo la barbana autanaria, que a menudo ha ensombrecido y ensangrentado a Bolivia, lo hizo una vez víctima de largo cautiverio. Desde la cárcel que cercenó su libertad dejó oír un día su voz de penuna y de nostalgia con versos como éste: "...Esta no es mi casa / hecha de lamento y onomas murallas / para que no huya / el dolor de sus entrañas; / ¿mi casa? / hondos raiños de savia cristalina / sustentan su estructura de amor / y altos ventanales..."

Como lo dijo en el funeral nuestro cofrade orureño Alfonso Gamarrá Durana: "...Fue poeta: ocupaba su mirada en encontrar la belleza de las cosas y las gentes de su región... Hizo el hallazgo que debajo el atavío nativo existía el prójimo con autenticidad de espíritu... Fue peregrino en estas mismas tierras: caminante intelectual que aceraba sus proposiciones para redimir a los pueblos olvidados..."

Alberto Guerra hacía, pues, la guerra por la paz, la justicia y el amor. Así debiera ser recordado, por tanto, en esta comunidad académica nuestra de la que fue miembro activo y productivo. Pongámonos, pues, de pie, compañeros, para observar un fraternal minuto de silencio en su memoria en la poética corteza de que, desde el más allá, él habrá de acogerlo en su corazón.

Luis Ramiro Beltrán Saldrán Oruro, Premio Mundial Melchor - 1983